

UN THRILLER DE  
**ANDONI LA RED**

AUTOR DE *EL ESCRITOR NÚMERO 8*

**EL GARAJE**

**OCHO VECINOS AMANECEN ENCERRADOS, NINGUNO  
ES CAPAZ DE RECORDAR CÓMO HA LLEGADO HASTA ALLÍ.**

## Día 1

### Capítulo uno: Despertar

**M**auro despertó empapado en sudor y con un intenso dolor de cabeza. No lograba recordar cómo había llegado a aquel lugar. Era la primera vez que le sucedía. Supuso que se habría pasado con la bebida la noche anterior y, al no estar acostumbrado a celebraciones que se extendiesen hasta altas horas de la madrugada, se habría quedado dormido en el coche. Era consciente de que no toleraba demasiado bien el alcohol y aquel atípico amanecer entraba dentro de lo probable en ese supuesto contexto. Cerró los ojos con fuerza y se llevó las manos a la sien, aquella jaqueca era más molesta que cualquier resaca que recordara.

Abrió de nuevo los ojos y, con todo su empeño, trató de hacer memoria. Sin embargo, por algún extraño motivo, tampoco alcanzaba a recordar con precisión lo que había hecho la noche anterior, más allá de las escasas vagas imágenes que le alcanzaban. Creía recordar algún episodio concreto, pero no podía asegurar su veracidad. Tan solo le quedaba el consuelo de que su desconcierto fuera transitorio.

Aquella injustificada confusión mental que le invadía tenía cierta similitud a los vértigos que de manera episódica solía padecer, pero potenciada al máximo exponente; necesitaba tomar

uno de sus analgésicos para frenar, cuanto antes, el creciente mareo que sufría.

A pesar de aquel intenso malestar, de repente, sonrió orgulloso. Una rotunda certeza le invadió. Tal vez el único hecho del que estaba convencido: por fin, había conseguido el tan anhelado papel protagonista en la última superproducción de Asier Cabredo, uno de los directores de cine más taquilleros del panorama actual. Llevaba meses tratando de convencer al popularmente conocido como el «Tarantino español» de que él era el actor idóneo para su nuevo *thriller* y, por fin, lo había logrado. La tarde anterior, recibió la llamada del esquivo cineasta, donde con un tono bastante frío le comunicaba que se convertiría en la cabeza visible de su nuevo y ambicioso proyecto. Atrás quedaban semanas de insistencia convertida en principio de acoso para hacerse con el papel de su vida. Tenía que conseguir aquella interpretación, que le catapultaría definitivamente al estrellato, y para ello no dudó en insistir hasta rozar el hostigamiento. Propició encuentros, supuestamente fortuitos y le envió decenas de mensajes a través de contactos en común. Cualquier táctica se le antojaba oportuna. Nunca había actuado de ese modo tan obsesivo, pero no se arrepentía.

Se estrujó literalmente la memoria hasta que recordó haber quedado con su amante en uno de sus restaurantes favoritos, el griego de la zona más exclusiva de la capital. Tenían que celebrar, como la ocasión merecía el anhelado contrato que acababa de firmar. Se esforzó tanto cuanto pudo, pero no alcanzó a visualizar ninguna imagen después de la salida del restaurante y acomodarse en su coche. Su mente no colaboraba. El rastro consciente de la jornada anterior terminaba en el asiento donde había despertado.

El aire era muy seco y el hedor a algún tipo de vapor sintético más que evidente. Se frotó los ojos con ambas manos, como si ese

simple gesto fuera a acabar con el idiopático cuadro clínico que presentaba y a eliminar la tenue, aunque penetrante, pestilencia química que se había instalado en su pituitaria. Echó un vistazo al reloj digital del salpicadero. «Las siete y cuarto de la mañana... ¿Cuántas horas llevaré aquí metido?», se preguntó. Despegó su sudada espalda del asiento y estiró su brazo derecho. Comprobó que no le quedaban analgésicos en la guantera y maldijo el momento en el que había ofrecido el último a Ingrid, su expareja. Abrió la puerta del conductor con desgana y bostezó antes de abandonar el coche y ponerse de pie. Echó un vistazo al aspecto descuidado de su camisa y resopló. Se ajustó el cinturón y cerró con un enérgico portazo. Metió la mano derecha en uno de los bolsillos de su pantalón de traje oscuro y sacó algo de su interior. Con las llaves de casa en la mano, caminó de manera mecánica y, un tanto desgana, hasta la puerta de acceso al ascensor, que a su vez también era la entrada a los trasteros.

Su mirada permaneció fija en el suelo, no necesitaba prestar atención al trayecto, lo conocía de memoria. Había completado ese mismo camino decenas de veces, pero en esta ocasión le aguardaba una desagradable sorpresa: la entrada había sido tapiada.

Tan solo llevaba tres meses viviendo en aquel edificio de reciente construcción y no comprendía cómo podían haber cerrado el único acceso peatonal a su portal sin haberse enterado. Se echó las manos a la nuca, en un nuevo intento de mitigar su cada vez más fuerte dolor de cabeza, y continuó maldiciendo. «¡Me van a oír!», murmuró enfurecido. El sudor que empapaba su rostro se había congelado como por arte de magia. No había recibido ninguna circular de aviso del administrador, ni ninguna nota informativa en los últimos días. Le vino a la mente la vez que cortaron el agua en todo el edificio y lo comunicaron de manera insistente con diferentes avisos en todas las zonas comunes

desde una semana antes. No lograba entender por qué habían modificado su conducta en esa ocasión.

El tiempo se le echaba encima. Regresó al coche y cogió el mando de la puerta del garaje que guardaba en el pequeño receptáculo que había bajo el volante. Volvió a cerrar la puerta del vehículo, en esta ocasión de un modo menos rotundo y sonoro que la anterior, y se dirigió con paso tambaleante a la rampa de salida; pensó que alcanzaría el portal por el exterior del edificio.

Comenzaba a impacientarse. Necesitaba con urgencia una ducha fría y afeitarse si quería llegar al primer día de ensayo en un estado óptimo y a la hora acordada. La puntualidad se había convertido en su mayor obsesión, desde que había perdido el que iba a ser su primer gran proyecto audiovisual, por llegar tarde al primer ensayo; fue despedido fulminantemente. Con su rostro cubierto en lágrimas, aquella misma mañana se prometió a sí mismo que ese descuido horario sería el último. Desde entonces, convirtió en propio el eslogan de «mejor una hora antes que un minuto tarde».

Ascendió la rampa completamente absorto, ya con la mente puesta en el ilusionante día que le aguardaba, mientras presionaba el botón del mando. Mantuvo la vista pegada al suelo para concentrarse en sus pensamientos. El sudor regresó a su rostro y, sin darse cuenta, su respiración se aceleró. Tuvo la sensación de estar a punto de alcanzar el pico de un ocho mil, a pesar de que la inclinación de la cuesta tan solo se elevaba un diez por ciento sobre el pavimento del garaje. Al no escuchar el motor de la puerta automática, volvió a pulsar el control remoto una vez más, pero el mecanismo tampoco se activó en esa ocasión. Era la primera vez que fallaba la apertura de aquella pesada puerta basculante de acero inoxidable que le separaba del exterior.

Levantó la mirada y fue entonces, a apenas cinco metros de la puerta, cuando se dio cuenta de que aquel acceso también había

sido modificado. En el lugar que ocupaba el gran portón de elevación automática se había construido un muro de hormigón de aspecto infranqueable y, en el medio de este, se encajaba una puerta acorazada. Se trataba de uno de esos armazones impenetrables capaces de frenar cualquier ataque externo que se pudiera lanzar contra ella. Se acercó, sin fuerzas, hasta encontrarse a un escaso palmo de la puerta. Algo había llamado su atención. Donde normalmente iría emplazada la mirilla, encontró una pantalla de forma rectangular con un teclado numérico digital incorporado. En el lado derecho de aquella cerradura con código, una pequeña nota en la que se podía leer un insólito mensaje: «Solo tenéis tres intentos».

Le temblaban las piernas. Estaba tan confuso e inquieto que estuvo a punto de perder el equilibrio. «¿Tres intentos para qué? ¿Por qué la nota habla en plural si estoy aquí solo?», se interrogó en voz alta.

Dio un giro de trescientos sesenta grados y buscó alguna otra anomalía apreciable a simple vista. No tardó en comprobar con estupor que el motor de la puerta original había sido arrancado. Cerró sus ojos y respiró profundo. Contó hasta tres y los abrió de nuevo, confiado en recuperar la cordura que suponía haber perdido debido a la celebración de la noche anterior. *Pero, al abrir los ojos, el dinosaurio seguía allí.*

Sin comprender nada de lo que estaba sucediendo, se alejó a ritmo lento; sus cargadas y temblorosas piernas no le permitían avanzar más rápido, la distancia hasta su vehículo se le antojaba kilométrica. Percibió que su olfato se hallaba saturado debido al intenso olor a cemento. Entonces, intuyó que aquella pared había sido levantada pocas horas antes, probablemente mientras dormía en su coche. Se giró de nuevo y sus atónitos ojos confirmaron que el semáforo de señalización de salida del garaje también había desaparecido. Tan solo permanecían visibles un

puñado de cables cortados que colgaban de la parte del techo que antes ocupaba la señal luminosa.

Pensó que su corazón se pararía en aquel instante, incluso llegó a desearlo. Asimilar los numerosos cambios drásticos que estaban aconteciendo a marchas forzadas podría suponer un evidente riesgo de colapso para cualquier mente, por muy consistente que esta fuera. Sentía que había despertado en un lugar extraño. Echó otro rápido vistazo y, ante la evidencia de las familiares imágenes que sus ojos le mostraban, no le quedó más remedio que asumir que se encontraba encerrado en su propio garaje. Se encontraba solo y no podía salir. Ni en sus peores pesadillas hubiera imaginado semejante experiencia terrorífica.

Los síntomas de que algo anormal estaba sucediendo en su cuerpo se dispararon: sudor frío, mareo, sensación de asfixia, hormigueo en las manos, un nudo infranqueable en la garganta... Por unos segundos, valoró la posibilidad de estar bajo los efectos de alguna droga y se empeñó en despertar por todos los medios. Se pellizó y golpeó en repetidas ocasiones, pero nada continuaba inmerso en aquel sueño; esa realidad era persistente y no iba a desaparecer por muchos tortazos que se propinara. No se trataba de una fantasía inducida o de un letargo concebido en una borrachera mal encajada. Aquello era tan cierto y auténtico como el dolor punzante que le habían provocado aquellos intensos pellizcos y golpes autolesivos.

Después de unos primeros pasos a trompicones, consiguió erguirse y mantener una trayectoria más o menos rectilínea hasta regresar a su coche. La carrocería de su vehículo presentaba una fina capa de polvo que no recordaba que estuviese ahí el día anterior. Pasó las yemas de sus dedos por la puerta del conductor y la suciedad se adhirió a su piel. Era la prueba definitiva de que alguien había estado construyendo esos muros mientras él permanecía dormido en el interior del vehículo.

Sintió la imperiosa necesidad sentarse cuanto antes si no quería desplomarse sobre el rígido y frío pavimento de hormigón pulido que, de manera uniforme, se extendía por aquel garaje reconvertido en prisión. Se acomodó a duras penas y bebió un trago de agua de un botellín que siempre llevaba en el coche. Estaba caliente y le provocó una intensa arcada. La temperatura del líquido solo podía significar que llevaba allí dentro más horas de las que pensaba.

El reposo y la hidratación hicieron efecto en cuestión de minutos. Ya se encontraba algo mejor. Suspiró marcadamente e introdujo la llave en el contacto. Sus movimientos eran tan lentos y meditados que resultaba imposible no acertar en la ranura. Arrancó y, sin saber muy bien por qué, hizo sonar el claxon de forma compulsiva. Las lágrimas recorrían sus mejillas mientras golpeaba el volante una y otra vez.

Al rato del improvisado y estridente concierto acústico, obtuvo el resultado más desconcertante e insospechado.

## Capítulo dos: El grupo

«Zas, zas, zas». El eco de los portazos resonó por todo el garaje. Mauro dejó de tocar el claxon y permaneció congelado junto a su coche. Los pitidos que había emitido de un modo descontrolado habían provocado que algunos de sus vecinos despertaran del profundo sueño en el que se hallaban inmersos. No había contemplado la posibilidad de estar acompañado y, a pesar de que las situaciones inesperadas solían desestabilizarle, en un principio valoró la aparición de nuevos actores como algo positivo. Surgió en su mente una fugaz e inoportuna conjetura acerca de la inconveniencia de compartir oxígeno con otros individuos en un espacio cerrado, pero enseguida la bloqueó y forzó su versión más optimista. Necesitaba convencerse de que alguien arrojaría algo de luz a la excepcional situación que estaba experimentando. Se aferraba al hallazgo de una aclaración racional que le mantuviese cuerdo.

Del interior del pretencioso vehículo deportivo situado en la plaza número seis salió, como por arte de magia, una joven pareja. Su aspecto era el de unos pipiolos visiblemente ajados que despertaban sobresaltados tras haber estado toda la noche de fiesta, en uno de esos locales clandestinos que tan de moda se

habían puesto entre los jóvenes durante la pandemia. Del mismo modo, un hombre de mediana edad y gesto estremecido abandonó su abollada berlina blanca, aparcada en la número dieciocho. Segundos más tarde, cuando parecía que ya no aparecería nadie más, Mauro vislumbró a lo lejos, en la plaza número siete, a una anciana de aspecto amable que, aún sentada en el asiento del conductor, trataba de sostener el peso de la puerta de la antigüalla que tenía por coche.

—¿Qué mierda es esta? ¿Qué hicimos ayer, tía? —preguntó de forma precipitada y a gritos Artur, mientras se acercaba a su acompañante, que acababa de salir por la puerta del copiloto—. ¡Joder, menuda resaca! ¡No vuelvo a pillar esa mierda! ¿Qué hora es? ¿Cómo hemos llegado aquí?

Artur, un insensato joven de diecinueve años cuyo problema vital más significativo era decidir a qué fiesta acudiría cada noche y cuántos gramos de droga pillaría para la ocasión. Las chicas lo consideraban atractivo debido a su engañoso rostro de niño bueno, aunque, a decir verdad, la heredada genética atlética, sus grandes y profundos ojos verdes y el hecho de que su padre fuera uno de los tipos más influyentes de la capital, también puntuaban a su favor. Mauro se le quedó mirando hipnotizado, sin comprender demasiado bien cuál era su estilo. El joven pretendía emular con su vestimenta a esos famosos cantantes de trap del momento: enormes zapatillas deportivas de marca, pantalón de chándal estrafalario y camiseta blanca ajustada con una manga de color morado y otra de color amarillo. Sin embargo, lo que le daba el definitivo toque alternativo y lo marcaba como un joven de posibilidades económicas difícilmente alcanzables para la mayoría eran los largos y ostentosos collares de cordones gruesos de oro que colgaban de su cuello. Sin duda, una impronta que cumplía a la perfección el objetivo que perseguía: no pasar desapercibido.

—¿Qué hacemos aquí? —inquirió la joven, visiblemente asustada, mientras observaba su alrededor—. ¿No será esto una de tus bromas?, ¿no? Ya hace unas cuantas horas que debería estar en casa. Como mi padre se despierte antes de que llegue y descubra que he pasado la noche contigo, nos vamos a arrepentir del colocón de anoche.

Macarena, o Maca, como era conocida en su entorno más cercano, tenía diecisiete años, aunque a simple vista nadie pensaría que era menor de edad. Precisamente, era el precoz desarrollo de su esbelto cuerpo curvilíneo, además de su traviesa mirada, lo que volvió loco a Artur. Su vestido corto y ceñido de color rosa presentaba, a la altura del ombligo, un agujero del tamaño de una moneda de dos euros, presumiblemente provocado por la quemadura de un canuto, que eclipsaba, en cierto modo, su generoso escote. Sus primeros pasos fueron torpes y lentos y a punto estuvo de tropezar a las primeras de cambio. Resultaba complicado saber si aquella torpeza era provocada por la resaca o por las pesadas botas de piel sintética negras que cubrían sus piernas hasta la rodilla. A cada paso que daba se podía escuchar el sonido metálico de los cuatro enormes aros dorados que colgaban de cada una de sus orejas. En su rostro aún se podía percibir la huella de un maquillaje, excesivo en su origen, que el paso de las horas y el roce con el asiento del coche habían eliminado casi por completo.

Los jóvenes, sin apenas dirigirse la mirada, iniciaron el camino que los llevaría al encuentro del resto. Casi inconscientemente, sus adormilados cuerpos fueron a parar a la plaza de Mauro, que acababa de salir de su vehículo para acudir junto a sus vecinos. Parecía que el origen de los sonidos del claxon de su coche lo habían convertido, de un modo fortuito e involuntario, en el inesperado líder.

Maca se detuvo y tomó distancia con Artur, poco más de un metro, y completó un giro de trescientos sesenta grados. Sus ojos admiraron extrañados el aspecto semivacío, casi fantasmagórico, que presentaba el garaje. Debido al escaso éxito comercial de la promoción, de las veinticinco plazas en las que había sido dividido, tan solo seis o siete solían estar ocupadas. El carácter observador de la joven se sorprendió al ver el sobresaliente tamaño de los aparcamientos en comparación a los que ella conocía. Supuso que, al tratarse de un edificio nuevo, las dimensiones de aquellas plazas habrían sido diseñadas para mayor comodidad de los todoterrenos o los coches de alta gama.

Desde el extremo más alejado, se acercaba sigiloso Santi. Su perfil era completamente opuesto al de la llamativa pareja, o al de Mauro. Tendría unos cincuenta, su rostro se apreciaba arrugado en exceso para su edad y su apariencia descuidada dejaba entrever un carácter apático. Vestía un pantalón vaquero oscuro dos tallas más grande de lo necesario, una camiseta blanca de publicidad y unos mocasines de mercadillo de los años sesenta.

Mientras Santiago, Maca y Artur se posicionaban junto a Mauro, la enigmática anciana de la plaza número siete permanecía de pie, inmóvil junto a su vehículo. Su postura era tan firme como antinatural. Sin pretenderlo, su conducta representaba de un modo certero la extrema inseguridad que sentía.

—¡Eh, tú! ¿Piensas quedarte ahí? —preguntó Artur, efusivo.

—Anda, déjala en paz. Si se encuentra cómoda ahí parada que se quede —replicó Maca—. ¡A ti que más te dará!

—Lo que faltaba, nos ha salido tímida la vieja —murmuró el joven al oído de su pareja.

Santi permanecía en silencio. Parecía sentirse cómodo en un papel secundario. Por el contrario, Artur, poseedor de un rol mucho más activo y extrovertido, estaba decidido a enterarse

cuanto antes de cuál era la situación y, para ello, redujo a la nada la distancia que le separaba de Mauro. Estaba acostumbrado a actuar de un modo chulesco y amenazante con todo aquel a quien considerase un problema y, a juzgar por sus primeras reacciones, había algo en el rostro de su televisivo vecino que no le gustaba. Primero lo desafió con la mirada y después comenzó a interrogarle sin descanso, mientras daba vueltas sobre su posición.

—¡Joder! ¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué nos hemos despertado en este puto sitio? ¿Cómo hemos acabado en el garaje? ¿Tiene esto algo que ver con el desgraciado de mi padre?

Mauro, abrumado por el espontáneo interrogatorio de aquel joven con aspecto de matón, dio un paso atrás para evitar el étlico aliento de su acalorado interlocutor y contestó a todo con una única respuesta.

—¿Vosotros tampoco recordáis como habéis llegado aquí?

—Ahora me vas a decir que tú tampoco sabes nada, ¿verdad? ¡Serás desgraciado! Ya puedes empezar a contarnos todo lo que sabes o...

Artur se mordió el puño con rabia y emitió un chillido sordo. Su confusa arrogancia había dado por hecho que Mauro le estaba engañando y, cuando su embarullada mente entraba en bucle, resultaba imposible hacerle cambiar de opinión.

—Entonces, ¿por qué nos has despertado con esos pitidos, eh? —sonrió socarrón—. Era porque se nos pasaba la hora del desayuno, ¿verdad? ¡No, ya sé! Es porque ha marcado gol el Madrid, ¿no?

Cada vez que Artur concluía una de sus ocurrentes frases miraba a Maca, esperando un gesto cómplice por parte de su pareja.

—Te pediría, por favor, que no me hablaras en ese tono —rogó, sensiblemente ofendido, Mauro—. Pensaba que estaba solo y ha sido un acto desesperado, nada más. Ese es el único motivo. No tengo por qué engañaros.

—Entonces, ¿tú también has despertado aquí? —introdujo por sorpresa Santi, empleando una energía tan discreta que costaba escucharlo.

—Así es. Al parecer, he sido el primero en descubrir esta pesadilla.

—¿Qué dices de pesadilla, tío? —preguntó Maca, inquieta—. ¿Qué está pasando aquí dentro?

La mujer de más edad deshizo los pasos que había avanzado en escrupuloso sigilo y regresó a su vehículo. Rescató una mascarilla quirúrgica del interior. Se la colocó y se acercó con recelo al grupo. A pesar de continuar atenazada por el miedo, necesitaba informarse.

—Si pensáis que haber despertado desorientados en este garaje es el peor de vuestros males estáis muy equivocados —anunció Mauro, convincente—. La parte más desconcertante comienza ahora.

Su inquietante afirmación provocó de inmediato que la atención del resto se centrara en él en exclusiva. Tan solo Artur parecía disperso y se mostraba más impaciente que angustiado.

La pareja de Maca comenzó a dar vueltas alrededor de Mauro con cierto aire bravucón. Daba la sensación de que pretendía intimidarle o, al menos, incomodarle. Estaba convencido de que si Mauro se sentía amenazado terminaría por confesar y soltaría todo lo que sabía. Había algo en ese tipo que le despertaba una repulsa incontrolable; no le creía y ni quería, ni podía disimularlo. Suspiraba y chasqueaba sus nudillos de manera compulsiva mientras se movía en pequeños círculos, pero Mauro no se inmutaba y esa actitud le desesperaba.

—Venga, guapito de cara, dinos la verdad. ¿Tú quién eres? —dijo a un palmo de su rostro, antes de girarse y continuar con su discurso, esta vez dirigiéndose a todo el grupo, en un tono mucho

más alto—. ¿Acaso no os resulta sospechoso que este tipo haya despertado el primero? ¡Yo no le creo! ¿Quién nos puede asegurar que ha amanecido aquí, como nosotros? Estoy convencido de que acaba de llegar para despertarnos, si no, ¿por qué sigue aquí dentro, por qué no se ha marchado?

Mauro adoptó un gesto de incredulidad. Se sentía injustamente acusado y no tardó demasiado en defenderse.

—Esto es también una pesadilla para mí. Yo también estoy encerrado en este maldito garaje, igual que tú. Ahora mismo debería estar en mi primer día de rodaje y ¡mírame! Estoy aquí, aguantando a un niñato que me acusa no sé muy bien de qué.

Maca se quedó contemplando fijamente el rostro de Mauro. Se concentró tanto en reconocerle que sus ojos bizquearon durante unos segundos, justo antes de descubrir por qué aquel tipo le era familiar.

—¡Claro! Tú eres el actor ese... ¡Mauro Quiroga! Eres Ricky en la serie esa de los bomberos. ¡Me encantó el capítulo del derribo del puente! Fue todo tan auténtico...

—Efectivamente, ese soy yo —afirmó, un tanto orgulloso.

Santi, poco impresionado por el historial artístico de su vecino, se precipitó a cambiar de tema y preguntó:

—Seguro que haces muy bien de bombero en la serie de la tele y me alegro por ello, pero volviendo a lo que nos ocupa: ¿Cómo que encerrados? ¿Quieres decir que no podemos salir de aquí?

Mauro afirmó con un gesto vertical de su cabeza mientras cerraba los ojos, compungido. Hasta ese momento, había dado por hecho que sus vecinos eran conocedores de aquella situación, pero entonces, al comprender que los demás ignoraban ser víctimas de un encierro forzoso, elevó sus brazos, sin articular palabra, y señaló a ambas puertas tapiadas.

Santi, alarmado, giró su cuello a un lado y al otro buscando las salidas. Sus pies iniciaron una especie de baile tembloroso al que pronto se unieron sus piernas.

—Paso de seguir escuchando a este mamarracho encorbatado. ¡Vámonos de aquí, Maca!

Artur tomó a su pareja por el antebrazo y tiró de ella hasta que la arrastró con firmeza. Maca se quejó discretamente del violento empujón de su pareja, pero aun así se dejó conducir. Caminaron hacia la puerta de salida sin mirar atrás. No querían seguir escuchando la incómoda realidad que planteaba el actor.

—¡Es inútil! ¡Estamos encerrados, como unas ratas en un laboratorio! —vocó Mauro ante la mirada sobrecogida del resto.

La joven pareja llegó hasta el acceso peatonal, a pesar de la advertencia que acababan de escuchar. Artur estaba completamente convencido de que aquella experiencia absurda finalizaría en cuestión de segundos, pero su certeza quedó desmontada al ver la capa de cemento que cubría por completo la puerta. La apocalíptica versión de Mauro se había confirmado. Acababan de comprobar con sus propios ojos que aquel tipo trajeado decía la verdad. Sintieron un intenso escalofrío recorriendo su cuerpo. Se miraron el uno al otro y percibieron el pánico más absoluto en sus perplejas miradas. En un acto instintivo, despegaron sus manos y echaron a correr hacia el otro extremo del garaje, cada uno al aletargado ritmo que sus adormiladas piernas les permitían. Sus rostros aún conservaban cierta esperanza.

—Perdéis el tiempo si vais a probar suerte en la puerta principal. También está tapiada. Os lo he dicho, no tenemos escapatória —anunció Mauro, para desesperación del resto.

Las reacciones de los vecinos fueron dispares. Julia se mantuvo impassible de nuevo, a la espera de una aclaración convincente que nunca llegaría. Mientras, Santi, en un estado cercano al des-

varío, comenzó a sonreír, tímidamente, pero de manera sensible. Por su parte, Artur y Maca hicieron oídos sordos y aceleraron su paso hasta que se toparon con el muro. Era físicamente imposible abandonar el garaje por las salidas habituales.

Artur fue el primero en alcanzar la puerta acorazada. Maca lo hizo unos segundos más tarde. Ambos se arrodillaron en un acto reflejo que, por momentos, parecía ensayado.

—¿Qué mierda es esta? ¿Qué sentido tiene esto? ¿Por qué en el lugar de la entrada de vehículos hay una puerta con esta mierda? —soltó, conmocionado, y señaló una pequeña pantalla digital.

—Esa pantalla es la única forma de salir de aquí. Esta puerta se abrirá mediante un código de seguridad que habrá que marcar en la pantalla.

Los demás, al escuchar a Artur, corrieron a comprobar el motivo de su desconcierto. Sus rostros no supieron disimular el asombro que les provocaba encontrarse esa acorazada con cerradura digital. Aquella seguridad era más propia de una caja fuerte de un banco que de un inofensivo garaje comunitario.

Santi encontró en el suelo la nota que Mauro había despegado minutos antes y se precipitó a recogerla.

—¡Mirad, aquí han dejado un mensaje!

—¿Qué pone en la nota? —preguntó Julia.

Maca se acercó a Santi y leyó por encima de su hombro:

—«Solo tenéis tres intentos».

Artur, al escucharlo, llevó decidido su dedo índice al teclado numérico y pulsó el número cero en cuatro ocasiones, tantas como espacios cabían en el dibujo de la pantalla.

—¡No! —exclamó Mauro.

De inmediato, aparecieron unas letras verdes en la pantalla. El mensaje era contundente: «Acceso denegado».

—Ahora solo nos quedan dos intentos... —se lamentó Mauro, resignado.

—¡Joder, siempre suelen ser cuatro ceros! ¡Vamos a probar con uno, dos, tres, cuatro! —propuso Artur, para desesperación del resto.

—¡Estate quieto, por favor! —protestó Julia.

—¿Por qué no dejamos esto para otro momento? —propuso Santi.

—¿Para otro momento? ¿Acaso crees que me voy a quedar aquí sin hacer nada? Esta es nuestra única forma de salir de aquí, ¿te enteras?

—Vamos, Artur. Será mejor que nos tranquilicemos —propuso Maca, con una calma impropia de alguien de su edad.

—¿Que me tranquilice? ¿Pero tú has visto esta cárcel prefabricada que nos han montado? Estamos sepultados en nuestro propio garaje.

Maca asintió resignada. Por una vez, la desesperación de su pareja estaba justificada.

Se alejaron del muro con el ánimo hundido y regresaron junto al coche de Mauro. De un modo inconsciente, ya habían elegido cuál sería su campo base.

—¿Hay algo más que debemos saber? —preguntó Julia al actor—. ¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

—No sé cuánto tiempo llevamos aquí. Las paredes están secas, así que yo calculo que al menos doce horas.

—Esos muros aún están frescos —contradijo Santi, seguro de sí mismo—. Han tenido que levantarlos con nosotros aquí dentro.

Mauro se acercó hasta el pasillo central. Se plantó allí, bajo la luz de los potentes focos que iluminaban la zona central del garaje y señaló a lo alto.

—El semáforo y el motor de la puerta de entrada han sido arrancados —informó, y marcó la antigua ubicación de ambos—. Eso es todo lo que sé. Es lo único que he descubierto

antes de que despertara. Ahora que todos sabemos lo mismo, podemos empezar a buscar el modo de escapar de aquí.

—Seguro... —comentó Artur, en modo irónico—. A saber lo que nos está ocultando el actorucho este.

—Yo sé tanto como vosotros y es la última vez que me justifico —insistió, harto de acusaciones.

Ajena a la interminable trifulca dialéctica que mantenían Artur y Mauro, Julia se apartó del grupo con gesto meditabundo. Ante la atenta mirada del resto se dirigió a uno de los coches que suponían vacíos; algo le había llamado la atención. En concreto, se acercó al aparcado en la plaza número catorce. Al fin había abandonado la actitud rígida y pasiva con la que había despertado y comenzaba a involucrarse en el enigma de aquel aislamiento involuntario.

Le había parecido vislumbrar una silueta en el interior y necesitaba confirmarlo antes de destapar sus sospechas. Llegó al coche, se giró y se quitó la mascarilla. La lanzó al suelo en un gesto de rebeldía poco habitual en ella. Acababa de valorar que el virus ya no era el principal problema al que se iban a enfrentar allí dentro, o al menos había dejado de ser el más inmediato. Respiró aliviada sin la protección facial y miró a Mauro para preguntarle desde la distancia:

—¿Has comprobado si hay alguien más durmiendo en alguno de los coches que están aparcados aquí?

—No.

—Que yo sepa hay cuatro, además de los nuestros —apreció Artur.

El grupo se deshizo sin mediar palabra.

El problemático joven abandonó su posición, acelerado, para comprobar si había alguien en el interior del coche de la plaza que le quedaba más a mano, la número diecisiete.

Mauro, herido en su orgullo al no haber sido él quien valorase la posibilidad de que todos los coches allí aparcados tuviesen algún ocupante en su interior, se encaminó apresuradamente hacia el todoterreno de la plaza número diecinueve. No podía evitar tratar de dar una imagen de tipo inteligente e ingenioso, con el fin de contrarrestar el retrato de *toy boy* que sus papeles como actor secundario le habían otorgado hasta entonces.

Maca, por su parte, pospuso su frustración y se unió a la incursión para inspeccionar la intimidad del único coche que restaba por revisar: el de la plaza número uno, la más cercana a la salida.

Las noticias no se hicieron esperar y se precipitó el clamor grupal que anunciaba la presencia de nuevos miembros.

—¡Aquí hay alguien! —gritó Artur.

—¡Aquí también! —exclamó la anciana emocionada—. He encontrado una mujer dormida.

—Parece que aquí no hay nadie —dijo Maca, dirigiéndose a Artur.

—Entonces, olvídate de ese coche y ven. Aquí tenemos a un bello durmiente, pero el seguro de la puerta está cerrado.

—Pues ábrela, Artur.

—Tendré que romperla, no hay otra forma.

Mauro optó por contradecir el modo de actuar del resto y, por algún motivo que sólo él conocía, no comunicó su hallazgo. En silencio, abrió la puerta del todoterreno de la plaza número diecinueve sensiblemente inquieto y respiró aliviado al ver que la conductora respiraba. Era Blanca. La familia aumentaba con la misma rapidez que el desconcierto de los rehenes que habían despertado en primer lugar.

Mientras tanto, Julia, la anciana, golpeaba tímidamente con los nudillos la ventanilla, con la intención de despertar a la conductora del vehículo donde se encontraba. Aquellos golpes resultaron tan poco invasivos y contundentes que la conductora del

coche continuó durmiendo plácidamente. Podía haber abierto la puerta, pero le parecía un acto demasiado violento.

Por su parte, Artur seguía insistiendo mediante discretos golpes con el puño cerrado, sin obtener el resultado esperado. Entonces miró a Maca, le guiño un ojo y propinó una enérgica y certera patada a la cerradura. La puerta se abrió. Se introdujo en la intimidad de un coche ajeno y zarandeó al extraño propietario de este sin ningún tipo de miramiento. Movi6 el cuerpo del tipo obeso que estaba encajado en el asiento del conductor sin tacto alguno hasta que se aseguró de que le había despertado.

Unos minutos más tarde, los tres conductores que habían permanecido dormidos más tiempo que el resto se incorporaron. Tardaron un buen rato en espabilarse; necesitaban algo de tiempo para adaptarse. Reaccionaban como si fuesen pacientes hospitalarios recién salidos de una cirugía que despertaban pausadamente de la anestesia: desorientados, cansados y ajenos a su inmediata realidad.

Salieron de uno en uno, cada cual a su ritmo, y se juntaron por defecto delante de la plaza de Mauro. Haber despertado el primero además de su innato liderazgo le había afianzado en la posición de líder y, como consecuencia de ello, una vez más le tocó informar de la angustiada e incomprensible situación en la que se hallaban.

Mientras los recién incorporados, Jimena y Leo, atendían con escrupulosa concentración, Blanca se revisaba el bolso de manera espontánea cada pocos segundos, como tratando de asegurarse de que nadie le había sustraído ninguna de sus pertenencias mientras dormía; parecía obsesionada con ocultar algo. La claustrofobia se podía percibir en sus rostros.

Tras unos minutos de incredulidad absoluta y zozobra, comenzaron a compartir impresiones.

—La situación que nos acabas de presentar parece tan desesperada como irreal —proclamó Leo—. Por cierto, ¿tú no eres uno de esos policías de la tele?

—En realidad es una serie de bomberos, pero sí, soy ese —contestó Mauro, menos entusiasmado que la primera vez que había sido reconocido.

Jimena examinó a Mauro de arriba abajo. No podía creer que no reconociera a un actor famoso, ella, que había pasado sus últimos veinte años pegada al televisor como vía de escape. Lo miró una vez más con detenimiento, pero su gesto contrariado delataba que era la primera vez que oía hablar de él. En realidad, la mayoría de los vecinos que allí se hallaban eran unos completos desconocidos entre sí; apenas se conocían de vista. Un simple *hola* y *adiós* cuando se cruzaban en el ascensor o el vestíbulo.

—Pues ya puedes empezar a hacerte a la idea de que todo lo que te ha contado Mauro es cierto —añadió Maca—. Por desgracia, la situación es tan desesperada como parece, por mucho que suene increíble en tu cerebro.

Leo interiorizó la noticia y se puso de rodillas. Cerró los ojos y se llevó las manos a la cabeza. La tensión había provocado que no pudiese soportar el peso de su propio cuerpo.

El actor, al verle hundido, se le acercó. Flexionó las piernas para colocarse a su misma altura y trató de insuflarle esperanzas para evitar que el derrumbamiento que sufría se convirtiera en crónico.

—¡La esperanza es lo último que se pierde! Estoy seguro de que encontraremos la solución a este encierro. Tiene que haber un modo de salir de aquí, siempre lo hay. ¡Saldremos! —le susurró al oído en tono optimista.

Artur se acercó a la pareja agachada.

—¡Qué estampa tan tierna! A ver, pareja de nenazas, asumid que no hay forma de salir de aquí. ¡Estamos muertos! —sentenció insensible. Giró su cuerpo y se dirigió al resto—. Mirad bien, no tenemos salida. ¡Echad un vistazo! Las puertas y las ventanas han sido tapiadas.

Detuvo por un instante su agorero discurso para tomar aire y, justo en el momento en el que sus angustiados vecinos daban por finalizado el monólogo, comenzó a apuntar con sus temblorosos dedos hacia diferentes puntos del garaje. Sus ojos, como los de un perturbado a punto de entrar en un brote agudo de enajenación, estaban inyectados en sangre. Tragó saliva y empezó a hablar:

—Las rejillas de la ventilación y el alcantarillado han sido sellados. A no ser que ocurra un milagro, no tardaremos demasiado tiempo en morir. Si alguien se ha tomado todas estas molestias en aislar un garaje con sus vecinos dentro, no creo que pretenda que salgamos de aquí con vida. Rezad todas las mierdas que sepáis, aunque de aquí no os va a sacar ni Dios...

Una disonante y dilatada carcajada interrumpió su propio razonamiento. Sus pies bailaban adelante y atrás al ritmo de su psicótica risa.

—¡Ja, ja, ja! Pero, ¿qué cojones habéis hecho para estar aquí? ¿No pagáis las cuotas de la comunidad?

El tono jocoso de Artur contrastaba con la creciente desesperación que invadía al resto.

—¡Nunca saldremos de aquí! —expuso Julia histérica, al borde del llanto.

—¡No aguantaremos más de setenta y dos horas sin comer nada! —se exaltó Santiago—. Será mejor que asumamos que estamos acabados.

—Será mejor que nos tranquilicemos todos e intentemos pensar con calma, los nervios no son buenos aliados. Parece ser que

estamos aquí encerrados todos los vecinos del edificio —dedujo Mauro—. ¿Echáis a algún vecino en falta?

—Supongo que aquí estamos todos —resolvió Leo—. Cuando vine a vivir aquí, apenas se habían vendido cinco pisos en todo el bloque y aquí estamos los propietarios de siete pisos, así que supongo que, desde que me trasladé hace dos meses, han conseguido vender al menos dos más.

—¿Y qué hay de aquel coche aparcado en la plaza número uno? ¿Por qué no hay nadie en su interior? —cuestionó Blanca.

Centraron sus miradas en el vehículo mencionado y Santi contestó:

—Yo nunca lo había visto en esa plaza, ¿vosotros?

Las cabezas de todos negaron a la vez.

Blanca y Jimena, aún adormiladas, no terminaban de comprender la vehemente exposición de aquel joven de formas violentas. Se separaron del grupo y se dirigieron a las entradas para comprobar por ellas mismas la veracidad de la historia que contaba ese alterado joven de aspecto circense. Se detuvieron ante el muro de hormigón implantado en la salida peatonal y lo palparon con la curiosidad del niño que toca por primera vez la piel de un melocotón. Confirmaron su desgracia y se encaminaron a la salida de vehículos; sus vecinos estaban en lo cierto, no había escapatoria.

—¿Por qué nos han secuestrado? ¿Qué quieren de nosotros? —se interrogó Blanca al llegar a la rampa.

Jimena permaneció en silencio y, cabizbaja, se dio la vuelta. Regresaron al grupo con el ánimo reducido a la nada.

Los ojos de Leo se iluminaron. Comenzó a sentirse inquieto. Se palpó los bolsillos del pantalón vaquero y respiró aliviado al encontrar su teléfono móvil. Lo sacó y permaneció en escrupuloso silencio unos segundos mientras aporreaba la pantalla. Cuantos más toquecitos propinaba al dispositivo de última

generación más frustrado parecía tornarse su incandescente rostro.

—¿Habéis comprobado si tenéis cobertura? —preguntó, mientras contemplaba resignado su móvil.

Volvieron a negar al unísono mientras examinaban sus teléfonos en busca de señal.

Leo se desplazó hasta la rampa de entrada de vehículos en solitario y comprobó allí la ausencia de cobertura. Le parecía increíble que nadie lo hubiera hecho antes que él. Pensó que estaba encerrado con un grupo de imbéciles, pero se guardó su impresión en ese lugar íntimo donde se almacenan todas las confesiones y pensamientos que nunca se comparten.

—Nada, estamos completamente aislados —soltó, al tiempo que guardaba su dispositivo de última generación—. Tal vez con un ordenador u otro *smartphone* más potente se podría hacer algo, pero supongo que ninguno de vosotros tenéis un ordenador portátil, ¿verdad?

Se miraron los unos a los otros con una modesta esperanza en sus miradas y volvieron a negar.

—¡Genial! —zanjó Leo con semblante derrotado.